



## Entrevista de René Avilés Fabila a René Avilés Fabila

El presente trabajo de RAF es parte del libro de Ignacio Trejo Fuentes e Ixchel Cordero, Autoentrevistas de escritores, donde los autores tuvieron la afortunada idea de solicitarle a una veintena de escritores se entrevistaran a sí mismos con resultados interesantes.

### Advertencia peculiar:

Ego y Alter ego. Tanto el entrevistado como el entrevistador nacieron en la Ciudad de México. Ambos estudiaron en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM y como asombrosa coincidencia hicieron el postgrado en la Universidad de París entre 1970 y 1973. Tienen la misma bibliografía, una historia común de premios y distinciones, simpatías y antipatías idénticas y en consecuencia parecidos amigos y enemigos. Al tiempo obtuvieron el ingreso al Sistema Nacional de Creadores y juntos acaban de terminar una nueva novela, El reino vencido. El colmo: los dos están casados con la misma mujer: Rosario.

No ha sido fácil iniciar esta entrevista, ¿le parece absurdo o poco ético entrevistarse usted mismo?

RAF: No, ni lo uno ni lo otro. En un país como el nuestro, la autoentrevista es la mejor manera de dar a conocer sus ideas y los aspectos medulares del trabajo literario y, desde luego, político. Alguna vez, hace muchos años, en el Diorama de la cultura de Excélsior, me pidieron lo mismo. Fue lo más sensato porque mi primera novela acababa de suscitar un pequeño escándalo y los periodistas, tan malos en aquella época como en la actual, sólo atinaban a preguntarme sandeces. Una palabra más: los periodistas culturales, salvo contadísimas excepciones (uno, dos, tres..., ya) van a las generalidades (hábleme de su obra, en qué género se siente mejor, en la novela o en el cuento, qué libro suyo le satisface más...) porque nada han leído. Uno, en conclusión, debería rechazar las entrevistas necias.

Quiere decir, entonces, ¿que no le han hecho una buena entrevista?

RAF: De entre varias docenas, no rescataría más que una hecha por Dionicio Morales, quien me conoce bien porque es mi amigo y un periodista profesional, serio. Por regla general, termino haciéndome yo mismo las preguntas en las respuestas. He padecido casos escandalosos, recuerdo a un académico norteamericano que edificó un libro, La onda, veinte años después o algo así, a base de generalidades, a costillas de su cinismo y de la desfachatez de nosotros mismos que lo aceptamos con tal de ver nuestras ideas impresas. Uno tendría que ser Hemingway para rechazar con fuerza a los charlatanes del periodismo y la academia. Una vez me entrevistaron dos jóvenes para su tesis de licenciatura, las preguntas fueron, en general, poco profundas, yo estaba ocupado en otras cosas y apenas pensaba en literatura. Pero prometieron mostrarme el trabajo antes de entregarlo a la imprenta, entonces lo corregiría; sólo lo vi publicado y era superficial desde el principio: "Más periodista que poeta". En realidad los jóvenes miraban mi prosa narrativa sin metáforas y en lugar de preguntarme las razones de ello, me "acusaron" de periodista. Eran tiempos en que ser periodista se consideraba un pecado, hoy algunos de ellos están clasificados como glorias nacionales.

¿Podría darme un ejemplo?

RAF: Dos: Carlos Monsiváis y Elena Poniatowska.

¿Ha hecho usted entrevistas, las considera igual a las que le hicieron?

RAF: Por supuesto que no. Mi primera entrevista se la hice a José Agustín cuando apareció su magnífica novela De perfil, era buena y reveladora porque en ese entonces Agustín y yo éramos muy cercanos, conocía bien su trabajo literario y había leído dos veces la obra.

¿Algún otro caso?

RAF: No recuerdo. Pero he hecho varias entrevistas, particularmente radiofónicas. Una que me gustó fue con Juan José Gurrola y otras más con Beatriz Espejo y María Luisa Mendoza que son encantadoras, inteligentes y buenas charlistas. Ah, alguna vez inventé una que fue publicada en el citado Diorama de la cultura de

Excélsior, quizá en 1970. Trataba de burlarme de las actitudes petulantes de Juan García Ponce, Fernando Benítez, Salvador Elizondo y Carlos Fuentes, entre otros; para criticarlos cree un personaje, un académico y crítico literario francés, le di una bibliografía y una dirección en el Quartier Latin y listo. El invento analizaba con severidad a los más afamados escritores mexicanos de aquella época. Mantengo en la memoria dos fracasos notables: Benítez me mandó a entrevistar a Rulfo. Era 1965 y yo acostumbraba verlo en el Centro Mexicano de Escritores. Caminamos por las calles de la colonia del Valle y él, absorto como siempre, ensimismado, me respondía con monosílabos. Al final descubrí que no tenía la entrevista. Hizo, entonces, una crítica a Estados Unidos. Pensé: bueno, ya tengo, al menos, una nota, convertiré la entrevista en una crónica, en un paseo con Juan Rulfo. Antes de despedirse me pidió que no publicara nada y regresé con las manos vacías. El otro caso fue, en esos mismos años, con Alejo Carpentier. No me atreví a introducirme en su inmensa erudición y sentido del humor y le di una serie de preguntas por escrito. Nunca me las contestó. En 1970, en París, le pregunté por mi cuestionario. Sí, René, por allí lo tengo y siguió contándonos a Rosario y a mí historias prodigiosas.

¿Cree, en consecuencia, en las entrevistas, son útiles, reveladoras?

RAF: Por supuesto, pero sólo en la medida en que el entrevistador sepa realizar su oficio con inteligencia y conozca el trabajo del entrevistado y, es lógico, dependiendo de la sinceridad y valentía de quien responde. México es el campeón de las preguntas vagas, del periodismo ramplón y de la pereza. Un ejemplo notable del arte de entrevistar es *El oficio de escritor* (creo que en inglés se llamó *Writers at Work*), un libro integrado con entrevistas realizadas no por expertos críticos literarios sino por lectores atentos, profundos conocedores de la obra de cada uno de los escritores seleccionados. Las preguntas inteligentes, siempre producen respuestas agudas. Por otro lado, nada más extraordinario que hallar a un entrevistador que conoce su oficio, ha leído

los libros y se interesa por personajes y situaciones, por la estructura de la novela o cuento.

Perdón, comenzaré por algunas preguntas vagas o generales, ¿le importa?

RAF: No.

¿Cuál es su utopía?

RAF: Es una extraña mezcla entre los libros políticos y los literarios que leí en mi juventud: Marx, Bacon, Campanella, Owen, Moro, Proudhom, Kropotkin, Jonathan Swift, Lewis Carroll, Huxley, Wells y otros más como los surrealistas. Pero habrá que añadir cierta música, algunas tendencias pictóricas y determinados momentos históricos de algunos países con los que pude forjar un mundo idílico. Por desgracia, el núcleo estaba en las experiencias revolucionarias de la Revolución Francesa, la Comuna de París, la Guerra Civil de España y la Revolución de 1917. Ésta última nació con deformaciones que luego de medio siglo la destruyeron. No queda nada del mundo que vislumbré. Yo me he quedado como dinosaurio atrapado en un inmenso iceberg. Nada espero del siglo XXI. No hay más utopías, acaso las literarias imaginadas y puestas en el papel por escritores que no han nacido o son muy pequeños. Me queda la nostalgia por partida doble, la que uno siente por épocas remotas o cercanas que piensa fueron maravillosas o aquéllas que provienen de un pasado ilusorio.

¿Entonces usted supone, como quienes llegan a viejos, que todo tiempo pasado fue mejor?

RAF: Al principio, cuando el mundo se globalizaba en rojo, bajo la mirada complaciente y mezquina de los soviéticos, vislumbraba un mundo soberbio, al final estaba una luz radiante y creía en el futuro. Por lo pronto, el presente era intenso: luego de la Segunda Guerra Mundial, la URSS no estaba sola, merced al Ejército Rojo (lo que a la postre fue un error) media Europa se hizo comunista. Le siguió China y más adelante Corea y apareció Cuba con Ernesto Guevara y Fidel Castro, mientras que Vietnam mantenía una larga guerra de liberación. En África y Asia arrancaban procesos de descolonización y dentro de Estados Unidos diversos movimientos negros

contestatarios sacudían al país de la eterna enajenación, y yo podía ver una sociedad equilibrada, donde el Estado desaparecería y no existirían clases ni fronteras. Al contrario, ahora me resulta imposible imaginar un capitalismo con rostro humano. No moriré tranquilo, me irrita lo que veo a mí alrededor; hasta donde alcanzo a distinguir, el planeta sigue sumido, como diría Marx, en la prehistoria. Seguirá así largo tiempo, por más que filósofos contemporáneos poco agudos y de altos ingresos vaticinen el fin de la historia o, peor aún, el de las ideologías e imaginen que el Estado, la propiedad privada y el capitalismo son naturales. Alguna vez, en una conferencia en Chapingo, un ingeniero agrónomo me preguntó cómo era posible que yo, siendo marxista, un hombre que nunca abandonó la izquierda, hubiera sobrevivido al derrumbe del socialismo. Fue fácil: mi sentido del humor y la ironía, son un salvavidas ideal. Con tales armas defensivas, sobrevivir es menos complicado. Esto me hace recordar que hace algunos años, alrededor de 1976, cuando yo comencé a dar clases en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, un grupo de historiadores soviéticos visitaron México y me tocó atenderlos por instrucciones del Partido Comunista. Los invité a cenar a mi casa y uno de ellos, molesto, dijo que yo vivía en una casa burguesa. Le respondí que yo era comunista, no pendejo. Llegué al marxismo por convencimiento, no por pobreza ni por resentimiento social. De otro lado, la literatura es, en un altísimo porcentaje, nostalgia pura y en ella encontré cabal refugio. Acaso por ello escribí una novela pesimista como *El reino vencido*.

¿Qué piensa del poder?

RAF: En todos los casos es despreciable, pero a la humanidad le resulta deslumbrante: unos lo quieren para mandar y enriquecerse, otros, la mayoría, para ser sometidos. En lo personal, no consigue impresionarme. Dudo que algún mexicano rechace una invitación a Los Pinos o a la casa de un multimillonario, yo lo hago con relativa frecuencia. Soy insumiso por naturaleza.

¿La rebeldía es útil?

RAF: Muchísimo, no importa qué formas revista, violentas o pacíficas, cada quien tiene su propio camino, lo



Oswaldo Sagástegui

advirtió Salvador Allende en una dedicatoria a Ernesto Guevara. Lo importante es transformar al mundo, según querían Marx, Engels, Lenin y los surrealistas.

¿Y el resentimiento también lo es?

RAF: Por supuesto. Sólo hay que pensar que la Independencia en México proviene de un acto de resentimiento. Para qué hablar de las revoluciones: son magños y soberbios actos hechos con violencia por los resentidos.

¿Cuál ha sido su mayor sueño político?

RAF: El socialismo a escala global.

¿Y el literario?

RAF: Escribir un Quijote o una Alicia en el país de las maravillas. El éxito.

¿Considera tenerlo?

RAF: Por supuesto que no. Si lo tuviera en lugar de yo mismo, me estaría entrevistando Oriana Fallaci o al menos Cristina Pacheco.

Sin embargo, mucha gente lo reconoce o identifica, ¿se debe al periodismo?

RAF: Me parece que sí, a esta actividad le debo cierta notoriedad que es una especie de espada: por un filo, me conocen, por el otro me detestan o temen. El periodismo que he podido hacer es implacable, lo uso como debe ser, para criticar, nunca para elogiar al poder. Y mi estilo directo les puede gustar a unos, pero a la mayoría, en un país no acostumbrado a la crítica, le molesta si no hay afinidad con sus posturas. En décadas de quehacer

periodístico he podido constatar la incomprensión y el ninguneo como formas de respuesta a mis artículos. De mi parte, lo he usado para deshacerme de mis males-tares y fobias. He sido afecto a los adjetivos, en periodismo se radicaliza su utilización. Veo que mi literatura sufre de las enemistades que me he creado con el diario. Dionicio Morales insiste de modo insano en que tengo demasiados enemigos, más que amigos; no los he contado, pero, en suma, tanto unos como otros permiten poner distancia entre la masa y el individuo.

¿Se ve como literato o como periodista?

RAF: Desde luego, como literato, así comencé, obligado por la necesidad de escribir cuentos; antes que leer periódicos y revistas, fui lector de novelas y cuentos, de obras de teatro y poesía. El periodismo vino por exigencias económicas y, obviamente, por la satisfacción de ver mi nombre impreso; asimismo porque es fascinante darse cuenta que la reacción del lector es inmediata y no lenta como en la literatura. Sigue presente en mí la idea de Hemingway de abandonar el periodismo “a tiempo”, sólo que es difícil saber cuándo es el momento de hacerlo para centrarse en la literatura. El mismo novelista norteamericano nunca se distanció del periodismo. No está por demás decirlo, pero en mi caso, el periodismo ha sustituido la militancia política. Es decir, a los artículos

les concedo un inalterable matiz ideológico, sirven para enfrentar al enemigo, particularmente en un país donde la izquierda se extinguió.

¿Entonces ha recibido más del periodismo que de la literatura?

RAF: No. He recibido cosas diferentes y en ambos casos complejas de valorar. El periodismo es crítica política, la literatura es goce estético. Hay una realidad literaria muy distinta de la real, la que corresponde al periodismo. Amo la posibilidad de inventar, fantasear, crear y recrear. El periodismo es justamente lo contrario, es el completo apego a la realidad. Aunque viendo con calma las cosas, ninguna de estas dos actividades me ha dado algo, son una tarea que debo cumplir o quizá un castigo misterioso. Por ambas apenas he recibido algo de dinero, unos cuantos premios. Viven subsidiadas por mi trabajo de profesor universitario. Pero si debo contestar afirmativamente, puedo decirle que cada una de ellas me produce un placer distinto: el periodismo es la venganza porque no me gusta el sistema político nacional, mientras que la literatura es una soberbia sensación liberadora: me deshago de fantasmas, culpas e historias grotescas que me asfixian.

¿Es importante para un literato y para un periodista tener algún tipo de moral y principios?

RAF: Temo verme muy a lo Wilde, pero en un literato los principios están de más. En un periodista son esenciales.

¿Con cuál de sus personajes se identificas más o, en todo caso, a cuál de sus personajes y obras quiere más y por qué? Bien leídas sus novelas, pareciera que sus personajes masculinos, el de Tantadel, cuyo nombre jamás es mencionado, el de Réquiem por un suicida, Gustavo Treviño, y el Emilio Mendoza de El reino vencido, son en buena medida retratos de René Avilés Fabila.

RAF: Todos los personajes masculinos (y a veces los femeninos) de mis libros son como yo, muy semejantes. Es difícil no hacerlos pensar y actuar como uno. Flaubert respondía a la pregunta quién es Madame Bovary diciendo soy yo. En mi caso, hay personajes que reflejan con



Alejandro Caballero

mucha precisión las características del autor, yo mismo. Pero siempre hay elementos que ponen alguna distancia entre ellos y yo. En *El reino vencido* Emilio cuenta parte de mi niñez y juventud, pero muy a su manera. Compartimos mujeres y viajamos juntos a Europa, Cuba, Asia y Estados Unidos. Ni él ni yo creemos en Dios. Mi madre fue asombrosamente parecida a la suya. Él muere poco después de la caída de Tenochtitlan en 1521. Yo sigo vivo.

¿Cuál es la obra en que René Avilés Fabila es más René Avilés Fabila?

RAF: No acabo de comprender la pregunta. ¿En dónde podrían estar las similitudes entre ellos y yo, si tenemos afinidades o si utilizo mi propia experiencia en los libros? En ocasiones algunos lectores atropellados me dicen que escribo como hablo. No creo hablar como en mi libro *Fantasías en carrusel*, ni como Gustavo Treviño, quien es un literato cuidadoso, de algún refinamiento, soltero y rico, mucho menos ando por la vida haciendo apologías de la muerte voluntaria, no pretendo suicidarme. Tal vez se refieran a los cuentos amorosos donde prevalece el lenguaje coloquial, donde hay elementos autobiográficos. En fin. Descartados los libros de memorias como *Recordanzas* y *Memorias* de un comunista, soy más René Avilés Fabila en los cuentos fantásticos y sé que cuesta trabajo aceptarlo. Pero en esos animales prodigiosos, en esas fábulas sin moraleja y en esas reconstrucciones de la mitología griega y la Biblia, estoy yo de cuerpo entero. Los cuentos amorosos y las novelas son recreaciones con frecuencia distantes de mi propia esencia, satisfacen en todo caso sueños y fantasías amorosas y sexuales.

¿Qué escritores han influido más en su literatura?

RAF: Me parece una pregunta ociosa. La lista sería casi infinita. Creo haber hecho intentos en el prólogo a un libro mío: *Cuentos y descuentos* y, desde luego, en los libros de memorias donde he mencionado a muchos escritores que amo.

¿Ha encontrado alguna alma afín en la literatura?

RAF: No en la literatura, tampoco en la política, quizá en el mundo del alcohol. Pero este mundo es ilusorio,

desaparece en cuanto se marchan sus efectos y se regresa a la realidad que por regla general es aborrecible. Pero estoy hablando de otros escritores y de aquellos que los rodean. Juan Vicente Melo solía decir que escribía (y leía) para adentrarse en una vida más satisfactoria. En tal sentido, la literatura me ha proporcionado parte de la utopía que ahora persigo. Volver a Homero, Cervantes, Shakespeare, Kafka, Swift, Defoe, Dumas, Poe o Borges, por citar sólo a un puñado, es vivir maravillosamente, dentro de una realidad fantástica. Si la pregunta fuese más concreta, le diría que me he identificado con dos personajes conmovedores, con *Gatsby* y con el protagonista de *El diablo en el cuerpo* de Raymond Radiguet. Si debo sentirme épico, me gustaría haber sido Ulises o D'Artagnan. Y de ser mujer, nada mejor que sentirse dentro de *Moll Flanders*, tan divertida, poco convencional y llena de vida.

¿No es ello una forma de evadir la realidad?

RAF: ¿Y para qué quiere uno padecer la realidad? No soy sadomasoquista.

No me refería a ese tipo de evasión.

RAF: ¿Hay otra en esta clase de interrogatorios? Pareciera que de pronto se regresa a la fatigante polémica del arte comprometido que tanto le gustaba a los camaradas soviéticos y más adelante a los cubanos. Hoy, por fortuna, casi desaparecida. Yo valoro mucho, y así lo mantuve aún durante la existencia del comunismo o del socialismo real, la literatura fantástica. Recuerdo que dentro de una antología de escritores comunistas que publicó Cuba en la etapa inicial, participé con relatos fantásticos, de imaginación, algo que no dejó de sorprender a los críticos que esperaban que todos fuéramos realistas. Sobre todo esto he escrito, tengo un largo texto sobre lo que entiendo por literatura fantástica y compromiso político. Si hemos de aceptar la dicotomía, la primera tiene un compromiso más profundo y difícil de detectar. Pero entramos a un asunto complejo y tedioso. La literatura es inalterablemente invención, no importa cuánto se haga dentro del llamado realismo. La novela o el cuento pueden ser tomados de la realidad inmediata, pero desde

el mismo momento de la redacción la mente comienza la transformación y poco a poco se aleja de la verdad y se convierte en una realidad literaria o estética, si se prefiere. Mario Vargas Llosa tiene razón cuando habla de este asunto. Los teóricos de la propuesta estalinista en materia de arte estaban equivocados comenzando por Zdanov, el teórico estético de Stalin.

¿Eso significa que prefiere sus cuentos fantásticos, su vena de imaginación a la “realista” como Réquiem por un suicida o El gran solitario de Palacio?

RAF: Los padres suelen ver guapos, simpáticos e inteligentes a todos sus hijos, en tal sentido, no soy la excepción. Ahora, si usted me exige rigor, diría lo que dijo Arreola: Es posible que sólo me sobrevivan unos cuantos relatos breves. No es fácil permanecer en la historia largo tiempo. Nadie nos garantiza que dentro de quinientos años se seguirá leyendo a Carlos Fuentes, como lo hemos hecho con Cervantes, Lope de Vega, Quevedo y Góngora.

Tantadel y La canción de Odette son novelas que caben más cómodamente en el campo fantástico, cuyos personajes son irreales, fantasmales. Odette viaja por el tiempo y Tantadel no sabemos siquiera si existe dentro de la novela, es un invento de otro invento, del narrador cuya lucidez está en entredicho.

RAF: Tantadel pareciera una historia más que irreal, destinada a mostrar las pasiones más destructivas y fascinantes del ser humano, como el amor, el odio, los celos y la locura que entrañan y el desquiciamiento que provocan en los demás. La canción de Odette fue edificada alternando un capítulo realista y otro mágico, hasta llegar al punto final donde realidad y fantasía son una sola cosa. Sin embargo, Tantadel es una novela misteriosa que plantea entre otros enigmas –tiene usted razón– la existencia de los personajes vistos por un narrador al borde de la locura. Es como un Apocalipsis de bolsillo, un pequeño infierno, donde el desamor, los celos y el consecuente odio crean una atmósfera detestable. Por cierto que esta novela mía pareciera la que ha calado más en los lectores: conozco varias niñas que llevan

como nombre Tantadel (un invento mío) y en Coyoacán hubo o aún hay un salón de belleza con dicho nombre.e.

¿Nació usted escritor?

RAF: Lo dudo, la única certeza es que nací muy pequeño para pensar en literatura. Borges señalaba que los escritores y los reyes nacen predispuestos, con la vocación auestas; yo imagino que tienen, en efecto, ciertas cualidades, una determinada tendencia que se afina con el desarrollo de las capacidades intelectuales. En mi caso, el medio circundante tenía aires literarios. Para empezar no había televisión, sólo radio y eso era distinto, aguzaba la capacidad imaginativa. Mi padre fue escritor y mi madre una gran lectora, de tal suerte que viví entre libros y personas afectas a la literatura. Dos hechos parecieran haberme marcado. El primero fue una novela de mi padre, Leonora, basada en su vida y muerte, un buen libro doloroso y dolorido, en el que yo aparezco como personaje. El otro es un artículo de mi padre que escribió a modo de regalo de cumpleaños. Apareció en El Nacional y se titulaba “Cómo René Avilés puede hablar con René Avilés”. El tema es obvio, ¿pero se imagina usted qué efectos produce eso en la mente de un niño de unos seis o siete años? Pronto conocí a José Revueltas, Juan de la Cabada, Andrés Henestrosa (que lo mismo bebió con mi abuelo paterno que con mi padre y al final conmigo, tal como la narró en un artículo de recuerdos) y a algunos de los estridentistas como Arqueles Vela y List Arzubide. Los veía y los escuchaba. Mi padre tenía especial devoción por Barba Jacob y por un escritor muy olvidado, Efrén Hernández y solía hablar con deslumbramiento de Jaime Torres Bodet, incluso llegó a presentármelo en el patio del Colegio Nacional. De tal suerte que nunca me imaginé bombero ni médico, político, abogado, actor o arquitecto, sólo aspiré a convertirme en literato, escribir cuentos y novelas, es todo.

Su carrera comenzó como cuentista. ¿En qué momento pasó a la novela? Mejor dicho: ¿cómo se hizo novelista?

RAF: Me parece haberlo contado ya. El cuento era mi ámbito natural. Pero en los años en que mi generación arrancó, había desaparecido el cuento como género

importante y la novela de nueva cuenta reinaba. Ya estaban publicados los grandes libros de cuentos de Torri, Arreola, Rulfo, Valadés, Rojas González, Efrén Hernández. Carlos Fuentes saltaba exitosamente del relato corto a la novela: de Los días enmascarados a La región más transparente y los escritores que le seguían, como Juan García Ponce, poco a poco dejaban el relato corto para hurgar en las extensiones mayores. Mi propia generación escribía básicamente novelas. Allí están las de José Agustín, Parménides García Saldaña y Gustavo Sáinz. El recuerdo de la novela de la Revolución Mexicana con narradores deslumbrantes como Martín Luis Guzmán y José Vasconcelos persistía y el hecho de que pocos años antes aparecieran tres novelas urbanas exitosas: la citada de Fuentes, El sol de octubre de Rafael Solana y Casi el paraíso de Luis Spota consolidó entre los editores la idea de centrar la atención en la novela. Imagínese usted, ¿qué hacía yo en medio de tal auge con mis cuentos de Hacia el fin del mundo bajo el brazo? Pues pasar a la novela. Rafael Giménez Siles y Emmanuel Carballo acababan de crear una colección de jóvenes novelistas y los incitaban a concursar por algún premio estúpido que he olvidado. Me invitaron a participar con una novela. Tenía yo que escribirla y me decidí por hacer una sátira, un libro contracultural, con mucho sentido del humor, Los juegos, que una vez concluida me acarreó tantísimos problemas que aún no me repongo. Muchas de las aversiones que padezco, vienen de 1966-67, años en que escribí, di a conocer la novela y al fin la publiqué en edición de autor, una vez que Giménez Siles y Carballo la rechazaron afirmando que no arriesgarían sus reputaciones por un libro como el mío donde insultaba a todo mundo de la cultura y la política. Jorge Volpi cuenta parte de la historia en un libro imperfecto sobre las polémicas de aquella época. Sin embargo, también abrió puertas. El legendario ciclo Los narradores ante el público que seleccionaba sólo a los autores más destacados me incluyó y en la tercera serie (se manejaba por generaciones) participé con la lectura de un texto aún más virulento que la propia

novela en una sala Manuel M. Ponce destinada sólo a unos cuantos creadores y no democratizada como lo está desde hace algunos años. José Luis Martínez me sonrió, Rafael Solana se escandalizó de mis incitaciones guerrilleras, Hugo Argüelles fue comprensivo y Rubén Salazar Mallén y Andrés Henestrosa me invitaron unos tragos. Algo más, el Fondo de Cultura Económica me editó Hacia el fin del mundo, libro que quedó junto al inmenso poeta Rubén Bonifaz Nuño, cuya amistad me honra desde aquel año, y poco más adelante Joaquín Díez Canedo hizo lo mismo con otros dos volúmenes de cuentos: La lluvia no mata las flores y La desaparición de Hollywood. En 1968 me tocó, junto con Rosario, presenciar la matanza de Tlatelolco y casi perder la vida en medio del torbellino y de las balas. No podía describir el horror en uno o dos cuentos o fábulas, así que opté por redactar la novela El gran solitario de Palacio, obra que fuera editada por vez primera en Buenos Aires. Es decir, situaciones ajenas a mis capacidades literarias me obligaron a buscar en un género, la novela, lo que en otro, el cuento corto, no podía hallar. Son necesidades expresivas, simplemente, aunque tendría que aceptar que en la primera novela existieron las presiones editoriales que a su vez venían del mercado: el cuento había cedido su espacio a la novela. Un reino efímero. Hoy sólo parecen triunfar los novelistas o los periodistas disfrazados de artistas y los mayores premios y recompensas son para la novela, no para el cuento.



Arturo García Bustos



Mel

Usted, para muchos lectores, y no hablo nunca de críticos, es un historiador del amor, de la pareja. ¿Lo percibe?

RAF: Me parece que sí. Mi intención es simplemente contar historias de amor y desamor, señalar mil veces que el amor-pasión es efímero, que no llega nunca a los diez años, tiempo superior al que le concedía con generosidad Denis de Rougemont, que en la relación de pareja lo que prevalecen son los celos, las aversiones, el tedio, las diferencias y al final el odio o la compasión. En más de cien cuentos, no tengo finales felices salvo en dos o tres argumentos: “Miriam” y “La dama del cuadro”, dos textos plenamente dentro de la literatura fantástica...

Recuerdo el primero, es una historia afortunada y fue el argumento de una película, creo que De veras me atrape... El segundo llamó poderosamente la atención de la escritora y crítica literaria María Elvira Bermúdez.

RAF: A mí me gusta “Miriam”, es un relato que nada le debe a la realidad y que está muy endeudado con Poe, Villiers de L’Isle-Adam, Baudelaire y Gautier y escasamente con Truman Capote, de quien tomo el nombre, no el tema ni el tratamiento, menos la atmósfera. Pero si debo centrarme en el tema, mi literatura amorosa es el resultado de una afanosa búsqueda, la del eterno amor-pasión. Aquí el donjuán o el casanova no son seres

detestables ni parte del repertorio de la psicología barata, son personajes que inspiran piedad. El más grande amor, la cumbre del amor, sólo está de cuerpo entero en la literatura, en el arte, en un cuadro magistral o en una ópera de genio. La realidad sólo registra patéticas historias, dramas convencionales. ¿O usted puede creer que en la esquina nos espera la mujer soberbia que como en canción de la Piaf dice retadora: yo reniego de mi familia, de mi patria, si tú me lo pides o como en el citado Radiguet, la mujer nos grita: Prefiero ser desgraciada contigo que dichosa con él. No. Y tampoco uno está dispuesto a la grandeza sino a la comodidad. Las parejas de la talla, las que resultan desgarradoramente infelices, como Romeo y Julieta, Tristán e Isolda, Arturo y Ginebra, Madama Butterfly y Pinkerton, sólo tienen cabida en el arte y preferentemente en la literatura.

¿Entonces está usted enamorado del amor o de la mujer?

RAF: Tal vez de ambas cosas.

He podido leer el original de El reino vencido, pareciera un tanto excesiva la parte amorosa, sexual, sobre todo en una novela que trata de la nostalgia, del paraíso perdido y jamás recuperado, que reconstruye los últimos días del Imperio Azteca. ¿Está de acuerdo?

RAF: No mucho. El sexo es una práctica habitual entre los humanos, se frecuenta más como una necesidad animal que para reproducirse. Aunque bien vistas las cosas, reproducirse es también una necesidad animal. Ahora, lo interesante es ver a una persona que hace el amor por amor, no por necesidad. En El reino vencido aparecen el amor y el sexo como parte de la formación y afirmación de los jóvenes personajes, como una desgracia y una fortuna. El sexo es parte fundamental de la educación. Mi gran escuela amorosa fueron los libros. Aprendí más en Henry Miller que en mil pláticas con camaradas o familiares cercanos; añadamos que también supe por los libros de los refinamientos sexuales de Oriente, hablo, desde luego, del Kama Sutra. La praxis es otra cosa y fácil si antes asistimos a la escuela literaria. Mi imaginación, por ejemplo, se desbordó con los cuen-

tos eróticos de Anaïs Nin y a partir de ellos pude encontrar verdadero placer. Si yo hubiera sido audaz y menos respetuoso con mis parejas, hubiese podido poner en práctica todo aquello que leí, durante mi adolescencia, en los libros prodigiosos y repletos de lujuria del Marqués de Sade. Afortunadamente, fui imaginativo y en cada relación sexual –mientras hacía el amor de forma tradicional– pasaron por mi mente las aberraciones que hacían felices a Justine y a Julieta. Finalmente, no creo ser un narrador excesivo en materia sexual.

Su literatura fantástica, a la que usted le concede el mayor mérito, tiene antecedentes fáciles de rastrear, pero ¿por qué la insistencia en los temas de la Grecia clásica y en los bíblicos?

RAF: Como lo he dicho tantas veces, fueron mis temas iniciales, los que conocí desde la infancia y se convirtieron en obsesiones. Fui un niño católico y mis abuelos me acercaron la Biblia, fui un niño atento a lo que me leía mi madre y di como válida a la que llamamos mitología que, en su momento, fue una religión tan seria y respetable como hoy lo son el islamismo y el catolicismo.

¿Y Juan José Arreola? ¿Es una influencia decisiva?

RAF: No. O no más que Poe y Quiroga. Cuando llegué a sus libros, a sus relatos fantásticos, yo estaba más o menos formado. Ambos habíamos leído y aceptado como figuras claves a Kafka y Borges, añadiría a Swift. Otro ejemplo: Dante: Arreola lo leyó como un hermoso poema, yo como un viaje insensato lleno de enigmas y secretos, de los que di cuenta en relatos breves y novelas como Réquiem por un suicida. No olvide usted que allí aparece el terrible círculo donde castigan eternamente a los suicidas. Había, pues, afinidades antes de que él me influyera. Mi literatura breve arranca de los fabulistas. Antes de encontrarme con Arreola, alrededor de los dieciocho años de edad, ya trataba de hacer apólogos a la manera de Samaniego, La Fontaine y Esopo o de reinventar el mundo de Homero. En todo caso, el contacto con él, confirmó mi tarea. Cuando en 1962 le mostré a Juan José Arreola mis primeros cuentos, no

eran sino fábulas que él posiblemente apreció, pues las publicó en la revista Mester e hicimos una amistad duradera. Nos veíamos poco, pero mi admiración y respeto se mantuvieron inalterables. En literatura, fue mi único gran maestro.

La Biblia es una eterna fuente de inspiración para sus cuentos, ¿me equivoco?

RAF: No, está en lo correcto. Nunca me gustaron los finales y las moralejas de cada historia bíblica, tampoco los personajes, de tal suerte que he ido reformulándolos, rehaciéndolos y de este modo convertí a Noé en descuidado y olvidadizo (dejó fuera del Arca pegasos, unicornios y dragones) a causa de la bebida, a David en un muchacho filisteo y a Judas en una superestrella. Me preocupé por la incapacidad de Dios para amar pasionalmente, por el acto de zoofilia que la paloma en cuyo interior va el espíritu santo comete con la virgen María y por la espantosa soledad de Dios. Nada me encantaría más que ver todos esos relatos bajo el título de La Pasión según René Avilés Fabila o El Evangelio según René Avilés Fabila.

¿Algo blasfemo, no cree usted?

RAF: Sí, pero con encanto y sentido del humor, algo que nunca aparece en las Sagradas Escrituras ni en los Apócrifos, todos son textos aburridos, tediosos y monótonos.

Las religiones son para inspirar temor, no risa.

RAF: De acuerdo, por eso no practico ninguna. No olvide a Borges: “Profesar una religión o afiliarse a un partido político o a una doctrina, es un buen pretexto para no pensar.”

¿Pero y el René Avilés Fabila político?

RAF: Ése se quedó atrapado en el periodismo y en mis antiguas novelas, digamos Los juegos y El gran solitario de palacio. Nunca dejaré de preocuparme por los asuntos políticos, de hecho me enferman y apasionan, pero no quiero verlos de cerca. Los alejo al escribir un artículo saturado de adjetivos críticos. Ya tuve bastante con casi veinte años de Partido Comunista. Pienso igual que antes, me siento marxista (y, por favor, añádale el

leninista), sólo que utilizo mis fuerzas para hacer literatura. En fin, para qué demonios repito lo que ya he dicho en otros libros míos, en Memorias de un comunista, digamos.

¿Y México, qué significa para usted?

RAF: Es el sitio donde nací y he vivido la mayor parte del tiempo. Es todo.

¿Es todo?

RAF: Entiendo su desconcierto en un país de exagerado nacionalismo barato. Esto mismo se lo pregunté a mi madre en un tiempo donde el patriotismo era auténtico y no una exaltación a la estupidez y respondió diciéndome que como no había seleccionado el sitio para nacer, no sentía nada especial. Sin embargo, permítame añadir que fue una extraordinaria maestra que educó a varias generaciones, que nunca robó, mintió o dañó a otros. No se necesita ir al Zócalo o cantar el himno nacional cuando triunfa la selección de futbol o llevarle flores a la virgen de Guadalupe para respetar y serle útil a un país. Yo he vivido largas temporadas en Europa sin añorar el mole poblano y los chiles verdes. Recuerdo que Julio Cortázar afirmaba que el nacionalismo es reaccionario. Él amaba a la Argentina y a Cuba desde Francia. Y Borges, contundente e irónico como siempre, señalaba que el nacionalismo es manía de primates. Así lo veo, sobre todo pensando desde una utopía marxista que se ha enriquecido con una multitud de elementos literarios y artísticos, con elementos de la cultura popular del sueño norteamericano y con nostalgias de lo inexistente. Me parece que los globalizadores suponen lo mismo pero por razones distintas y menos generosas.

¿Piensa de modo semejante en el caso de la literatura nacional?

RAF: Sí, en general me tiene sin cuidado, pero las individualidades son excepcionales, sobre todo en el siglo XX: Reyes, Torri, Martín Luis Guzmán, Pellicer, Gorostiza, Torres Bodet, Yáñez, Rulfo, Arreola, Revueltas, son algunos escritores notables y en consecuencia universales.

Ya que ha citado a Borges, permítame preguntarle ¿es usted, como el argentino y en México Arreola, un extraviado en su siglo?

RAF: Sí, créame, nací con nostalgias. Al menos las

padecí desde pequeño. Eso, en todo caso, indica que se es literato. Yo echo de menos todo tiempo pasado, y hasta llego a suponer que fue mejor. Es claro, uno mira los momentos luminosos de la historia, no sus miserias y oscuridades, las grandes luchas y victorias, los triunfos y hazañas de la cultura, de la gran música y la pintura, de la literatura y la arquitectura y luego puede uno escucharlos, verlos y tocarlos. La literatura es en un altísimo porcentaje nostalgia, añoranza por el pasado, uno cuenta su vida, la de otros, el pasado es el tiempo verbal adecuado. Ahora, cuando todo se ha envilecido, me parece que hay más razón y lugar para las nostalgias. No me gusta lo que veo, la masificación y la ignorancia me sobrecogen y causan pavor y entonces me oculto del presente en el ayer que supongo fascinante. El futuro lo imagino aterrador, como de ciencia-ficción.

Disculpe la pregunta, es un tanto insolente, crítica o agresiva...

RAF: Como debe ser el buen periodismo.

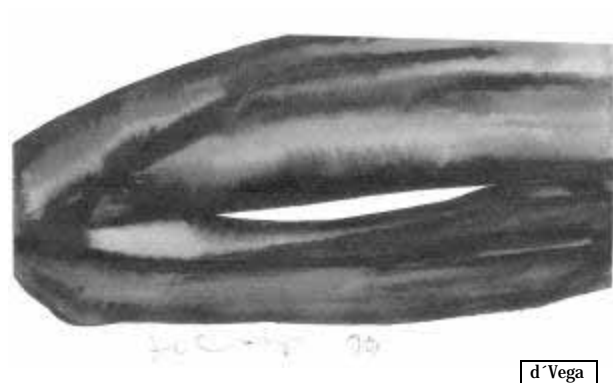
...Tiene usted más de sesenta años, ha transitado por el alcohol y a veces por las drogas sin sufrir graves consecuencias, ha llevado una vida inquieta y ha viajado mucho, no es pobre a pesar de lo mal pagado que está en México el trabajo literario, una editorial importante edita sus obras completas, ha obtenido algunos premios destacados como el Nacional de Periodismo y el Colima a la mejor obra publicada con Los animales prodigiosos, posee una hermosa página web, regala una revista que usted, su esposa y un grupo de amigos hacen, se ha permitido crear una fundación cultural que lleva su nombre, ¿de qué se queja, qué no le gusta?

RAF: ¿Me he quejado? No me lo diga, creo que sí. Se debe a que esperé siempre mayor respuesta a mis escasas fuerzas literarias y políticas. Me parece que si yo hubiera sido discreto, reverente, servil y apenas ruidoso, las cosas hubieran marchado mejor. Pero simplemente he seguido hasta hoy muy puntualmente los dictados de mi carácter y eso me distanció del poder cultural y político, de las figuras señeras y exitosas (no siempre las mejores), de los medios, esos tiranos nada ilustrados que nos indican con estulticia quiénes son los bue-

nos intelectuales y quiénes los malos. Lo ejemplifico con una anécdota reciente. Una periodista importante me telefoneó para saber mi postura sobre el Sistema Nacional de Creadores, del que he formado parte como becario y como jurado. Al concluir la pequeña entrevista, de nueva cuenta me interrogó. Maestro, alguien me dijo que están editándole sus obras completas, ¿es cierto? Me descontrolé, pensé que la noticia era conocida, no a cualquiera le hacen tal honor, sólo a los muertos, a los muy famosos y a los poderosos y yo ni estoy muerto ni soy las otras cosas. No sólo ello, el anuncio había sido hecho en medio de una ruidosa campaña de prensa que atrajo más de quinientas personas al auditorio del Museo de Antropología. ¿Desconocería usted un hecho semejante si el elegido hubiera sido Monsiváis o Poniatowska, Aguilar Camín?, a mi vez pregunté. No, claro que no, concluyó. Bueno, es la historia de mi vida.

Bueno, eso me lleva a un hecho reciente. ¿Por qué una Fundación René Avilés Fabila? ¿Por vanidad o para apoyar el desarrollo de la cultura nacional?

RAF: Siempre me he dedicado a promover la cultura, como funcionario universitario y editor de suplementos y libros, por ello formé la revista Universo de El Búho, que arrancó para reagrupar a quienes salieron conmigo de Excélsior a causa de la censura, pero nos topamos con la total falta de financiamiento y apoyo. Optamos, en consecuencia, por regalarla e hicimos un esfuerzo superior para llevar a cabo dicha acción. Más adelante, en una reflexión familiar, pensamos quién o quiénes podrían conservar todo aquello que hemos reunido, libros, cuadros, propiedades y objetos de cierto valor como una larga colección de búhos. Como resultado, decidimos crear una fundación: la que ahora posee una agradable y espaciosa sede en Narvarte, cuya biblioteca cuenta con más de quince mil volúmenes y tiene en sus paredes y bodega más de trescientos cuadros de artistas plásticos destacados, edita dos revistas culturales, Universo de El Búho y Conservatorianos, está creando premios literarios, trata de consolidar el Centro de Escritores Juan José Arreola que fundamos en la Casa



d'Vega

Lamm con Beatriz Espejo, Claudia y Cecilia Gómez Haro y Guillermo Samperio y yo para becar jóvenes narradores y promueve el Museo del Escritor, entre otras actividades. Lleva mi nombre porque la edifiqué con parte del patrimonio de Rosario y mío. No le puse otro porque los famosos de México todo lo reciben del poder político y económico. Si ellos quieren una fundación o un museo, que inviertan sus recursos o que acudan al gobierno. Por otro lado, un acto que imaginé generoso ha provocado irritación entre quienes la conocen y lo llaman vanidad. Maestro al fin, no quiero que nada de ello se pierda y que todas estas posesiones sean de utilidad para jóvenes escritores e investigadores de literatura. ¿No cree usted, que tengo algún derecho a las quejas?

Es posible que tenga razón, yo veo las cosas de otro modo. Vuelvo a su literatura. ¿Tiene usted un método de trabajo, por qué un cuento y por qué una novela?

RAF: No creo tenerlo o si lo tengo es de un total libertinaje. Cuando me encuentro con grandes narradores inalterablemente les preguntó cómo escriben. Lo hice con Alejo Carpentier, José Revueltas y Juan Rulfo. A veces su método me parece sorprendente y de grandes resultados, pero soy incapaz de copiarlo. Por regla general escribo en las mañanas muy temprano, a eso de las cuatro o cinco de la madrugada ya estoy frente a la computadora. No bebo café ni fumo y el alcohol fue un desastre cuando intenté escribir una página bajo su influjo. Por las tardes suelo leer y a veces regreso a mis cuentos o novelas en ciernes. La televisión me sirve para ver documentales históricos y viejas películas norteamerica-

nas, por regla general para arrullarme. Los cuentos llegan por caminos mágicos, simplemente se me ocurren o saltan después de leer a otros escritores que ejercen en mí mucha admiración, Kafka, por ejemplo; otras veces surgen de un concierto o de un cuadro que me sorprendió. Las novelas son distintas, hay que pensarlas largamente antes de comenzar la redacción. Nunca he batallado con la página en blanco como Agustín Yáñez, porque he llevado a cuestas la idea, la historia completa, la he madurado y escrito en la cabeza. Un ejemplo, Réquiem por un suicida. Tenía la idea general de principio a fin, pero había un problema grave: ignoraba qué demonios era el suicidio, qué sienten los suicidas, por qué toman una decisión tan dramática y que suele afectar a muchos más de lo que se imaginan. La investigación duró casi diez años, leí una cantidad sorprendente de libros y materiales sobre el suicidio, hablé con madres de jóvenes que se mataron, leí las consabidas cartas de no se culpe a nadie de mi muerte y concluyen culpando a los padres, a la familia y a la humanidad y después me puse a escribir el libro. Concluí la novela en nueve meses o menos. Sin embargo, el cuento me parece más difícil. Es posible de pronto escribir un cuento afortunado, pero lo realmente complicado es hacer un libro de cuentos, que posea armonía y tenga un estilo y las historias no se disparen, que haya unión. Lo sencillo es poner juntos cuentos de ciencia-ficción, policíacos, amorosos, psicológicos, realistas y fantásticos. Cuando el gran cuentista trabaja como Borges, Poe, Quiroga, Bioy Casares, Garro, Rulfo y Arreola, busca un todo, una unidad temática y estilística, una atmósfera común dentro de la diversidad de las historias. A veces tengo necesidad de escribir cuentos cortos, otras, más largos y unas más, me topo, cuando el argumento es largo o los personajes tienen muchas aristas, con una necesidad imperiosa de redactar novelas. El cuento, como la definición francesa, debe ser corto e intenso, lo llaman un trozo de vida, una rebanada con un final sorpresivo. La novela equivale al gran mural, a la ópera wagneriana, el cuento, a la pieza de Chopin, a la cajita china.

¿Entre ambas posibilidades, usted qué prefiere?

RAF: A veces una, a veces la otra y siempre las dos.

Algunas de sus novelas parecen construidas con cuentos, como en el caso de La canción de Odette, ¿no es así?

RAF: Cierto. Esa novela está deliberadamente construida con capítulos que son en realidad cuentos. Mejor dicho, cada capítulo puede ser leído como cuento, posee un arranque, un desarrollo propio y con frecuencia un final sorpresivo, un remate que no espera el lector. Pareciera estar más dentro de la fantasía, sobre todo porque Odette posee poderes sobrenaturales y cierta magia que la distingue del resto de los personajes que son banales. La idea fundamental –ignoro si conseguí llevarla a cabo– era que el lector, en algún caso, pudiera abrir la novela y leer un cuento, una historia independiente pero al mismo tiempo con elementos semejantes, los mismos personajes.

El crítico norteamericano John Brushwood escribió en uno de sus libros sobre México que en usted había un antes y un después. Se refería a Tantadel y explicaba...

RAF: Recuerdo lo que explicaba John: que antes de esa novela mis libros no eran mayor cosa. Algo semejante declaró o escribió José Agustín. Así las cosas, mi literatura comenzó con Tantadel, en 1975. Acepto que no les hayan gustado Los juegos y El gran solitario de Palacio, dos novelas anteriores, pese a que el segundo escribió la cuarta de forros de la primera edición. Mi pregunta como respuesta es si eso invalida mis cuentos fantásticos. ¿Soy tan sólo novelista? Antes de Tantadel y de esas otras dos novelas, ya había escrito y publicado Hacia el fin del mundo y La desaparición de Hollywood. El primero me dio la beca del Centro Mexicano de Escritores y en aquel entonces el honor de ingresar a la colección Letras Mexicanas del Fondo de Cultura Económica, hablo de 1968 ó 1969; me permitió también conocer en Buenos Aires a Jorge Luis Borges y que críticos y escritores de la talla de Juan Carlos Ghiano y Bernardo Verbitsky se fijaran en mi trabajo. El segundo me dio en 1971 uno de los premios de la Casa de las Américas. Pero así son las cosas cuando la crítica literaria es poco avezada y sensible a las presiones amistosas

o de intereses creados por valores imaginarios muy arraigados. Esos mismo libros de cuentos cortos, provocaron en su momento un comentario desdeñoso de Augusto Monterroso (que era mi amigo): René, son muy arreoleanos y, al mismo tiempo, otro de Francisco Zendejas (que no era amigo mío sino de mi padre): Son originales y de excelente manufactura. Parte de esta tarea literaria, *Los animales prodigiosos*, fue prologada por Rubén Bonifaz Nuño, ilustrada por José Luis Cuevas; así obtuve el Premio Nacional Colima a la mejor obra publicada, la reeditaron en España, y a menudo recibo correos de escritores mexicanos y españoles felicitándome por tales cuentos que aparecen una y otra vez en antologías. ¿Con quién me quedo? Esos relatos breves y la producción sucesiva, integrada en una obra en dos tomos, *Fantasías en carrusel*, hoy me permiten mostrar mi fidelidad a un género: al cuento corto, con el que me inicié en 1960 y que, tal vez, sea tan importante como el género novela, todo depende quién sea el juez. Esto independientemente de lo que piensan los lectores que han comprado masivamente mis novelas y apenas mis cuentos.

Recuerdo una plática con el crítico y traductor alemán Wolfgang Luchting, le preguntaba de dónde le venía el sentido del humor, la ironía. No hubo una respuesta satisfactoria.

RAF: Pienso que viene directamente de mi madre: una conversadora aguda y culta, con una extraña capacidad para hacer juegos de palabras y bromas finas. Mi tendencia a la sátira es de nacimiento, pero fui asumiéndola como parte mía en la medida en que vi filmes de Chaplin y del Gordo y el Flaco, de Buster Keaton (algo semejante a lo que le ocurrió a Rafael Alberti, según cuenta en un poema memorable: Yo era un tonto y lo que he visto me ha hecho dos tontos) y desde luego con la lectura de grandes humoristas como Wilde, Swift, Twain, Jardiel Poncela y algunos surrealistas.

¿Y de su padre, heredó algo?

RAF: No sé cómo valorar su “legado”: Apenas lo conocí. Tuvo otra familia y muchos hijos, sólo he leído

dos o tres libros suyos. Más bien, en unos pocos encuentros durante mi adolescencia, sufrí sus ironías. Como él, soy escritor, como él, soy maestro, como él, escribo en periódicos, pero somos muy diferentes: mi padre era solemne, se tomaba muy en serio y se arrepentía de sus pecados juveniles, del excesivo alcohol y de la pérdida de tiempo con muchas mujeres, de su agresividad con los demás y de su altanería. Yo no. Estoy satisfecho de tal como he llevado la vida; bueno, el colmo, estoy orgulloso hasta de mis enemistades. Igual que en una canción de Edith Piaf: no me arrepiento de nada. ¿Qué sentido tendría vivir acosado por remordimientos, imaginando que se pudo ir más lejos, triunfar? Permítame ser contundente: me hubiera gustado tener la capacidad de mostrarme tal como soy, no fingir que el mundo me agrada, que las religiones son útiles, que respeto los valores tradicionales, que la política es limpia, que el capitalismo es un humanismo, que mis alumnos son brillantes, que todas las mujeres son perfectas, que las personas son decentes y educadas, que la virgen de Guadalupe existe y que como México no hay dos (para fortuna de los demás países). Pero si hubiera sido audaz y sincero, no tendría ningún amigo y nadie me hubiera solicitado esta autoentrevista.

Parece usted tener un trasfondo de misántropo o el espíritu de un anacoreta.

RAF: La soledad no es mala si uno tiene, como decía Faulkner, hojas, lápiz y whisky. Yo añadiría, libros y una mujer maravillosa al lado.



Iris Aldegani